





MITO
LOGÍA
GRIEGA *y* ROMANA

A



Pierre Commelin

**MITO
LOGÍA**
GRIEGA *y* ROMANA

**Versión en español de
R. M. LÓPEZ**

Obra ilustrada con numerosos grabados

 **Editorial El Ateneo**

la esfera  de los libros

Commelin, Pierre

Mitología griega y romana / Pierre Commelin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2018.

384 p. ; 24 x 16 cm.

Traducción de: R. M. López.

ISBN 978-950-02-0956-4

1. Mitología. 2. Europa. 3. Edad Antigua. I. López, R. M., trad. II. Título.
CDD 292.13

Mitología griega y romana

© Título original: *Mythologie grecque et romaine*

© Pierre Commelin

© Versión en español de R. M. López

© La Esfera de los Libros, S. L., 2017

Nota del editor

La presente obra es una reedición del clásico de Pierre Commelin publicada en Francia con el título *Mythologie grecque et romaine* y está basada en la traducción para la edición española de 1900 del sello editorial Garnier Hermanos. Se ha respetado el texto íntegramente y solo se han realizado modificaciones en algunos términos para su mejor comprensión y adaptación al lector actual dada la antigüedad de la obra original.

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: abril de 2017

1ª edición en Argentina: abril de 2018

ISBN 978-950-02-0956-4

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.



INTRODUCCIÓN

Esta obra se dirige sobre todo a las personas que tienen interés en conocer la mitología tradicional de los griegos y los latinos. No podía entrar en nuestra intención hacer una obra de erudición, cosa, además, más fastidiosa que útil si se considera el gran número de obras de este género aparecidas desde hace algunos años. Pero apresurémonos a manifestar que estas apenas si son leídas; nosotros, al contrario, nos proponemos hacernos leer, dando a esta obra un carácter de utilidad.

Evidentemente, la mitología es una serie de mentiras. Pero estas mentiras han sido, durante largos siglos, motivos de creencias. Han tenido valor de dogmas y realidad entre griegos y latinos. Con este título, han inspirado a los hombres, sostenido instituciones respetables y sugerido a los artistas la idea de algunas creaciones entre las que hay grandes obras maestras.

Creemos, pues, un deber reproducirlas aquí, respetando su entera simplicidad, sin pedantería y sin comentarios, con sus extraños, sus maravillosos detalles, sin preocuparnos de sus inverosimilitudes ni de sus contradicciones.

En cuanto a creencias, la humanidad se deja guiar no por su razón, sino por el deseo, la necesidad de conocer la raíz de los seres y las cosas. Las doctrinas filosóficas no podrían satisfacerla: hay ante su vista demasiadas maravillas para que ella no intente buscar sus causas. Se dirige en un principio a la ciencia. Pero, si la ciencia es incapaz de darle una explicación conveniente o satisfactoria, se dirige a su corazón y a su imaginación.

En la infancia de los pueblos todo es creencias, artículos de fe conformes. Pero en la edad madura de los pueblos, aun cuando la ciencia ha descubierto, o lo parece, un gran número de misterios de la naturaleza, ¿puede la humanidad vanagloriarse de evolucionar en plena luz? ¿No hay aún en el mundo infinidad de rincones oscuros? Y admitiendo también que todos los secretos de la naturaleza sensible y palpable nos fuesen conocidos, ¿no quedaría siempre el mundo suprasensible, invisible o inabordable, sobre el que tan poco conoce la ciencia, y que la filosofía, a pesar de sus esfuerzos, no ha podido aún esclarecer ni penetrar?

La antigüedad, cuyos conocimientos científicos eran imperfectos y rudimentarios, colocó en todos una divinidad, solo había misterios para ella. Esto explica en parte el gran número de dioses. Pero hay más. Todo lo que admiró, extrañó e inspiró temor u horror a los primitivos tenía a sus ojos carácter de divinidad. Para la humanidad primitiva, la divinidad representa todo lo que traspasa los límites de la concepción humana. Dios no es tan solo el ser absoluto, perfecto, todopoderoso, soberanamente generoso y bueno; es también el ser extraordinario, monstruoso, prodigio a la vez de fuerza, malquerencia y maldad. Y no son tan solo los seres animados quienes se encuentran revestidos de este carácter de divinidad a los ojos de los primeros hombres; también los objetos son divinos. En una palabra: no es la divinidad que penetra las cosas; las cosas son la misma divinidad. Un alma divina, esparcida por todo el mundo, se divide en una infinidad de almas igualmente divinas, repartidas entre la diversidad de criaturas; como las pasiones más abstractas, las virtudes, tienen el privilegio de estar impregnadas de algo sobrenatural, de llevar el sello divino y de re-

vestir de una fisonomía particular las insignias y los atributos de la divinidad.

Estudiar la mitología es iniciarse en la concepción de un mundo primitivo, vislumbrado en una penumbra misteriosa durante largos años. No ver en ella sino las aberraciones de espíritus pobres y supersticiosos es no juzgar las cosas sino por las apariencias; pero, por otra parte, no ver sino alegorías transparentes, buscar la explicación de todos estos mitos, de todas estas fábulas, estas leyendas, en la observación del mundo físico, es traspasar gratuitamente los límites de la realidad. En esta larga enumeración de creencias mitológicas la fantasía tiene una gran parte. Cada siglo, cada generación, se ha complacido en aumentar el número de sus dioses, de sus héroes, de sus maravillas y de sus milagros.

A las antiguas creencias de Egipto y Asia han sumado su parte Roma y Grecia. Las imágenes de los dioses nos son ofrecidas bajo tan diversos aspectos que a menudo es de dificultad extrema la descripción del tipo más universalmente conocido. Sus rasgos se han modificado entre las manos de tantos artistas y por el capricho de tantos escritores como se han ocupado de ellos.

En literatura se acostumbra desde hace algunos años a llamar a las divinidades griegas por sus denominaciones helénicas. ¿Es esto un escrúpulo de exactitud mitológica o un alarde de erudición? No lo diremos nosotros. Pero por cualquier nombre que se designen los dioses de la fábula, no hay uno solo que exprese la universalidad de sus atributos, que dé una idea exacta de lo que era la misma divinidad en Grecia y en Roma. La denominación griega tiene, sin duda, la ventaja de ser muy precisa cuando se trata solo de interpretar las obras artísticas de los griegos: nombres como Zeus, Hera, Hefesto, Ares, Heracles, etc. no podían sorprender ni desviar al lector atento, pero hay que advertir que estos nombres no dicen gran cosa al público actual, como tampoco debieron decir mucho al mundo antiguo.

Somos un pueblo latino por nuestro origen, y, a pesar nuestro y con despecho de los sabios, son las palabras latinas las que vienen a nuestra boca, y fue Roma la que primero nos enseñó el

nombre y los atributos de sus dioses. Es verdad que ella misma se había apropiado la mayor parte de las divinidades de Grecia. Pero al introducirlas en su culto y sus costumbres las designó con los nombres que han pervivido.

Que ella haya confundido sus divinidades nacionales tradicionales con las de los griegos, apropiándose las, es otra cuestión. En Grecia, además, cada divinidad no tenía en cada región el mismo carácter ni los mismos atributos. Así pues, no es, hablando con propiedad, una herejía mitológica designar los dioses de Homero y Hesíodo como Virgilio y Horacio, con nombres pura y esencialmente latinos.

Hemos adoptado este último criterio.

¿Es esto decir que no hay distinciones que hacer entre la mitología griega y la romana? Tal no es nuestro pensamiento. Pero la mitología de que nos ocupamos es la que nos permite comprender, interpretar las obras, los escritos, los monumentos de las dos civilizaciones cuya influencia se ha hecho y felizmente aun se hace sentir en nuestros trabajos artísticos.

Para explicar y apreciar el genio de Atenas y el de Roma es necesario poseer, cuando menos, algunas nociones de mitología. ¿Cuántos pasajes de los más conocidos autores quedarían inexplicables sin estas nociones?

¡Cuántos jóvenes se encontrarían detenidos, no diremos que ante Homero, Hesíodo o Píndaro, sino ante Ovidio, Virgilio, Horacio y aun ante gran número de autores por las dificultades entrañadas en una alusión, una comparación, una reminiscencia mitológica!

No ignoramos que la mitología produce cansancio en la literatura. Pero también tuvo su período de auge y renacimiento; es siempre un tesoro de ideas seductoras y espléndidos cuadros. Hoy, si nos fijamos en las exposiciones anuales de pintura y escultura, las antiguas divinidades cuentan aún con muchos adeptos y prosélitos entre los artistas. El pincel y el buril se esforzarán aún por mucho tiempo en reproducir por la inspiración de las musas y las gracias, las acciones, la fisonomía, las actitudes de los dioses y los héroes. En

los dominios del arte jamás la historia podrá imponerse a la fábula. La realidad, por maravillosa, sublime o imperiosa que sea, se encuentra limitada a su esfera, mientras que la imaginación y el sentimiento no tienen límites. Así pues, por grande que se haga la parte de la verdad histórica, jamás, a los ojos del artista, tendrá la amplitud, el prestigio, la fecundidad de la ficción.

Perdónensenos estas consideraciones. No eran indispensables como exordio a esta obra, pero no dejarán de indicar nuestras intenciones y nuestro fin.

Al publicar esta mitología no hemos olvidado que está destinada tanto a los estudios de la juventud como a los artistas. Se reconocerá que nos hemos esforzado, no solo en mostrar al lector lo que encierra la fábula, sino también en no sorprenderle o molestarle jamás con la indiscreción de una imagen o la inconveniencia de una expresión.

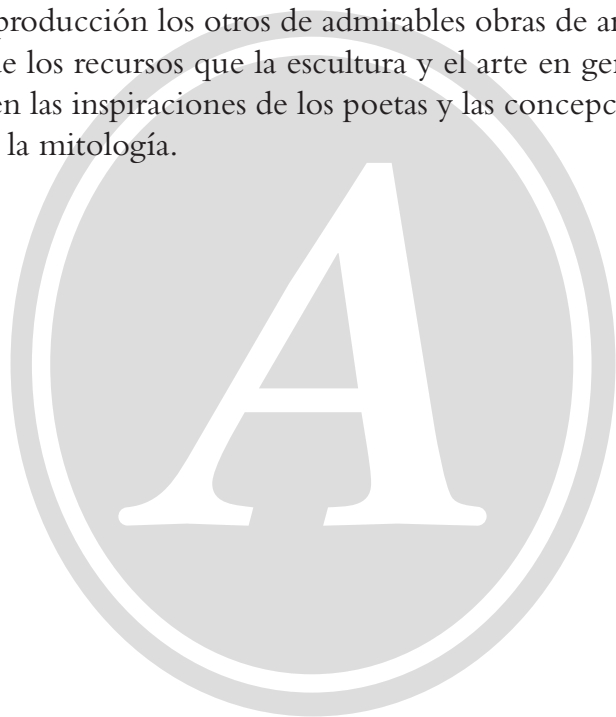
La dificultad de nuestro trabajo no consistía en la busca de documentos nuevos. No tratábamos de compulsar los archivos ni de remover el suelo para buscar las divinidades desconocidas. La mitología de Grecia y Roma se compone de hechos y leyendas que forman parte del dominio público: se les encuentra entre los libros que todo el mundo tiene entre manos. Las sabias investigaciones del arqueólogo podrán aclarar, modificar algún detalle, pero en nada cambiarán el conjunto de las tradiciones fundadas por los poetas y consagradas por el tiempo. Nos hemos cuidado, pues, de coordinar los materiales que abundan, de disponer las diferentes partes de nuestra obra como presentando al lector una especie de cuadro.

En principio exponemos las creencias relativas a la génesis del mundo y los dioses. Luego, tras haber pasado revista a las divinidades del Olimpo, el aire, la tierra, el mar y los Infiernos, contamos las leyendas heroicas, clasificándolas, en lo posible, por regiones, o agrupándolas en derredor de expediciones fabulosas de gran celebridad.

Se nos perdonará el que hayamos incurrido en algunas repeticiones. Las leyendas mitológicas están ligadas las unas a las otras,

y es difícil desunirlas, contarlas aisladamente sin reproducir algunas particularidades comunes. Por lo demás, hemos pensado que si una mitología, como una historia, puede ser objeto de una lectura seguida, queda, después de esta, un verdadero repertorio del que cada artículo ha de dar algún esclarecimiento.

Se reconocerá que los numerosos grabados y dibujos con que esta obra está enriquecida tienen un carácter de autenticidad. Tomados unos de los monumentos antiguos, tienen un valor indiscutible; reproducción los otros de admirables obras de arte, darán una idea de los recursos que la escultura y el arte en general encuentran en las inspiraciones de los poetas y las concepciones religiosas de la mitología.



LOS ORÍGENES

El Caos

El estado primordial, primitivo, del mundo es el Caos. Este era, según los poetas, una materia eterna, de forma muy vaga, indefinible, indescriptible, en que estaban confundidos los principios de todos los seres particulares. El Caos era, por así decir, al mismo tiempo una divinidad rudimentaria, pero capaz de fecundidad. Primero engendró a la Noche y, más tarde, a Érebo.

La Noche

Diosa de las tinieblas, hija del Caos, es la más antigua de las divinidades. Ciertos poetas la suponen hija del Cielo y de la Tierra; Hesíodo la coloca entre los Titanes y la llama madre de los dioses, porque se ha creído siempre que las tinieblas y la noche habían precedido a todas las cosas. Desposó a Érebo, su hermano, de donde nacieron el Éter y el Día. Pero sola, sin comercio con divinidad alguna, engendró al ineluctable e inflexible Destino, la Parca negra, la Muerte, los Sueños, Momo, la Miseria, las Hespérides, guardianas de las manzanas de oro, las impías Parcas, la terrible Némesis, el Fraude, la Concupiscencia, la triste Vejez y la Discordia; en una palabra, todo lo que hay de molesto en la vida pasaba como una producción de la Noche. Alguna vez la llamaban los griegos Eufroné o Eubólia, es decir, Madre del buen consejo. Unos ponían su im-



La Noche, escultura moderna

perio al norte del Ponto Euxino, en el país de los cimerianos; pero es generalmente colocado hacia la parte de España llamada Hesperia, es decir, comarca de la Tarde, junto a las columnas de Hércules, límites del mundo conocido por los antiguos.

La mayor parte de los pueblos de Italia miraban a la Noche como una diosa; pero los habitantes de Brescia la tenían como un dios, *Noctulio* o *Nocturno*. El mochuelo que se ve a los pies de este dios con un hachón tumbado que se esfuerza en extinguir significa que es el enemigo del día.

En los monumentos antiguos se ve a la diosa Noche con un velo negro sembrado de estrellas encima de su cabeza, o con un ve-

lo azul y una antorcha vuelta hacia abajo; era también representada por una mujer desnuda con anchas alas de murciélago y una antorcha en la mano; otras veces está coronada de amapolas y envuelta en un gran manto negro estrellado; y aun otras montada en un carro tirado por dos caballos negros o por dos búhos, portando sobre su cabeza un gran manto negro sembrado de estrellas. Se la coloca a menudo en el Tártaro, entre el Sueño y la Muerte, sus dos hijos. Es precedida algunas veces de un niño que lleva una antorcha, imagen del crepúsculo. Los romanos no la representaban con carro, y sí ociosa y adormecida.

Nuestro grabado, copia de Torwaldsen, representa la Noche adormecida atravesando el espacio con el Éter y el Día.

Érebo

Érebo, hijo del Caos, hermano y esposo de la Noche, padre del Éter y el Día, fue metamorfoseado en río y precipitado en los Infiernos por haber ayudado a los Titanes. Suele ser tomado también por una parte del Infierno y por el Infierno mismo.

Los griegos designaban con el nombre de Éter a los Cielos, distinguiéndolos de los cuerpos luminosos. El Día era femenino en griego (*Hémera*), y se decía que el Éter y el Día eran el padre y la madre del Cielo. Estas extrañas uniones significan solamente que la Noche es anterior a la creación y que la Tierra estaba perdida en la oscuridad que la envolvía, pero que la luz, atravesando el Éter, había iluminado el universo.

En lenguaje menos mitológico se puede decir que la Noche y el Caos precedieron a la creación de los cielos y la luz.

Eros y Anteros

Si el Caos, la Noche y Érebo han podido unirse y procrear es por la intervención de una potencia divina eterna como los ele-



Eros y Anteros

mentos del Caos, por la intervención manifiesta de un dios que, sin ser verdaderamente el amor, tiene con él alguna semejanza.

En griego, este dios antiguo o, mejor, anterior a toda antigüedad se llamaba Eros. Es el que produce o inspira esta invisible y a menudo inexplicable simpatía entre los seres para unirlos y procrearlos de nuevo. El

poder de Eros se extiende más allá de la naturaleza viviente y animada: él aproxima, mezcla, une, multiplica, varía las especies de animales, vegetales, minerales, líquidos, fluidos, en una palabra, de toda la creación. Eros es el dios de la unión, de la afinidad universal: ningún ser puede sustraerse a su influencia, a su fuerza; es invencible.

Tiene, sin embargo, por adversario en el mundo divino a Anteros, es decir, la antipatía, la aversión. Esta divinidad posee todos los atributos contrarios a los de Eros: separa, desune, disgrega. Tan saludable quizá como Eros, tan fuerte y poderoso como él, impide que se confundan los seres de naturaleza desemejante; si alguna vez siembra el odio y la discordia en derredor suyo, si obstaculiza la afinidad de los elementos, esta hostilidad que crea entre ellos contiene a cada uno en sus límites fijos y de esta manera la naturaleza no puede volver al caos.

El Destino

El Destino es una divinidad ciega, inexorable, nacida de la Noche y el Caos. Todas las otras divinidades le están sometidas. Los cielos, la tierra, el mar, los infiernos están bajo su imperio: nada puede cambiar lo que él ha resuelto. El Destino, en una palabra, es la fatalidad en virtud de la que todo sucede en este mundo. Júpiter, el más poderoso de los dioses, no puede variar el Destino en favor de los dioses ni de los hombres.

Las leyes del Destino estaban escritas eternamente en un lugar en que los dioses podían consultarlas. Las tres Parcas eran sus ministros: estaban encargadas de ejecutar sus órdenes.

Se le representa con el globo terrestre bajo sus pies y entre las manos una urna que encierra la suerte de los mortales. También suele llevar una corona sobrepujada de estrellas y un cetro, símbolo de su poder soberano. Los antiguos, para hacer comprender que no varía, lo simbolizaban con una rueda fijada por una cadena; en lo alto de la rueda hay una gran piedra y abajo dos cuernos de la abundancia con puntas de azagaya.

Según Homero, el destino de Aquiles y de Héctor estaba pesado en la balanza de Júpiter, y como el del último le encoleriza, es decretada su muerte y Apolo le retira el apoyo que hasta entonces le había concedido.

Los ciegos decretos del Destino han hecho culpables a muchos mortales a pesar de su deseo de ser virtuosos; en Esquilo, por ejemplo, vemos que Agamenón, Clitemnestra, Yocasta, Edipo, Eteocles, Polinices, etc., no pueden sustraerse a su destino.

Tan solo los oráculos pueden entrever y revelar lo que está escrito en el libro del Destino.

La Tierra, en griego Gaia

La Tierra, madre universal de todos los seres, nació inmediatamente después del Caos. Se desposó con Urano o Cielo, fue madre de los dioses y de los gigantes, de los bienes y los males, de las virtudes y los vicios. Se le hace también desposar a Tártaro y el Ponto, o la Mar, que le hicieron producir los monstruos que encierran todos los elementos. Algunas veces la Tierra es tomada por la Naturaleza. Tiene diversos nombres: Titea o Titeia, Ops, Tellus, Vesta y Cibele.

El hombre nació de la tierra, empapado de agua y calentado por los rayos del sol; así, su naturaleza participa de todos los elementos, y cuando muere, le amortaja su venerable madre y le res-

guarda en su seno. Se ha hablado a menudo en mitología de los hijos de la Tierra: en general, cuando se desconocía el origen de un hombre o de un pueblo célebre, se le llamaba hijo de la Tierra.

La Tierra es representada alguna vez por una figura de mujer sentada en una roca; los modernos la alegorizan con los rasgos de una matrona venerable sentada en un globo y que, coronada de torres, tiene un cuerno de la abundancia lleno de frutos. Algunas veces está adornada de flores y junto a ella están el buey que labra, el carnero que engorda y el león que se ve también junto a Cibele. En un cuadro de Lebrón está personificada por una mujer que hace brotar leche de sus pechos al mismo tiempo que deja caer su manto, del que sale una bandada de pájaros que se dispersan en el aire.

Tellus

Tellus, diosa de la tierra, tomada a menudo por la misma Tierra, es llamada también madre de los dioses. Representa el suelo fértil y también el fundamento en que descansan los elementos que se engendran los unos a los otros. Se la supone Mujer del Sol o del Cielo, porque a uno y a otro debe ella su fertilidad. Se la representaba como una mujer corpulenta con varios pechos. Ella y la Tierra son confundidas a menudo con Cibele. Antes que Apolo estuviese en posesión del oráculo de Delfos, era Tellus quien manifestaba sus designios; los pronunciaba ella misma; pero todo lo compartía con Neptuno. Luego cedió todos sus derechos a Temis y esta a Apolo.

Urano o Celus, en griego Uranos

Urano o Celus, el Cielo, era hijo de Éter y el Día. O de Éter y la Tierra según Hesíodo. Como quiera que fuese, desposó a Titea o Titeia, es decir, la Tierra o Vesta, que debe ser distinguida de la Vesta diosa del fuego y la virginidad. Dícese que Urano tuvo

cuarenta y cinco hijos de varias mujeres, de los cuales dieciocho eran de Titeia, de los que los principales fueron Titán, Saturno y Océano. Estos se volvieron contra su padre y le incapacitaron para tener más hijos. Urano murió de pena o de la mutilación de que fue víctima.

La característica de las divinidades primitivas es un brutal egoísmo junto a una crueldad impía. Urano odiaba a sus hijos; desde su nacimiento los encerraba en un abismo y no les dejaba ver el día. Esta fue la causa de la insurrección. Saturno, que sucedió a su padre, mostró la misma crueldad.

Titea o Titeia

Titea o Titeia, la antigua Vesta, fue la madre de los Titanes, nombre que significa «hijo de la Tierra o de Titea». Además de a Titán propiamente dicho, Saturno y Océano, tuvo como hijos a Hiperión, Jápeto, Tea, Rea o Cibele, Temis, Mnemósine, Febe, Tetis, Brontes, Estéropes, Arges, Coto, Briareo y Giges. También tuvo del Tártaro al gigante Tifón, que se distinguió en la guerra contra los dioses.

Saturno, en griego Cronos

Hijo de Urano y de Vesta la antigua, o del Cielo y la Tierra, después de haber destronado a su padre, obtuvo de su hermano mayor Titán el favor de reinar en su lugar. Pero Titán puso la condición de que Saturno hiciera morir a toda su progenie masculina para que el trono pasara a sus hijos. Saturno desposó a Rea, de quien tuvo varios hijos, que devoró ávidamente para cumplir el convenio hecho con su hermano Titán. Sabiendo además que también él sería a su vez derribado del trono por uno de sus hijos, exigía de su esposa que le entregase a los recién nacidos. Rea, sin embargo, logró salvar a Júpiter. Este, ya mayor, hizo la guerra

a su padre, le venció y, después de tratarle como Urano había sido tratado por sus hijos, le arrojó del Cielo. Así continuó la dinastía de Saturno, con detrimento de la de Titán.

Saturno tuvo tres hijos que Rea logró salvar, Júpiter, Neptuno y Plutón, y una hija, Juno, hermana gemela y esposa de Júpiter. Algunos añaden a Vesta, diosa del fuego, y a Ceres, diosa de las mieses. Tuvo además un gran número de hijos con otras mujeres, como el centauro Quirón de la ninfa Filire, etc.

Se dice que Saturno, destronado por su hijo Júpiter y reducido a la condición de simple mortal, vino a refugiarse en Italia, en el Lacio, reunió a los hombres feroces esparcidos por las montañas y les dio leyes. Su reinado fue la Edad de Oro, pues sus pacíficos súbditos eran gobernados con dulzura. Se reestableció la igualdad de derechos para todos los hombres; no hubo ninguno al servicio de otro; nadie tenía propiedades, todo era común, como si todos no hubiesen tenido más que una sola herencia. Para recordar en Roma esta dichosa edad se celebraban las Saturnales.

En estas fiestas, cuyo origen es bastante anterior a la fundación de la ciudad, se representaba la igualdad que en un principio reinaba entre los hombres. Comenzaban el 16 de diciembre de cada año; al principio no duraban sino un día, pero el emperador Augusto ordenó que se prolongasen tres, a los que Calígula añadió aún un cuarto. Durante estas fiestas los esclavos eran libres, y tenían derecho a hablar y obrar con libertad. No se respiraba entonces sino el placer y la alegría; se cerraban los tribunales y las escuelas; no se podía emprender guerra alguna, ni ejecutar a los criminales, ni ejercer otro arte que el de la cocina; se entrecambiaban regalos y se daban suntuosos banquetes. Todos los habitantes de la ciudad suspendían además sus trabajos; la población se trasladaba en masa al monte Aventino, para respirar allí el aire del campo. Los esclavos podían criticar los defectos de sus amos y competir con ellos, y estos les servían a la mesa, sin escatimar en los platos y las viandas.

En griego, el nombre de Saturno es Cronos, es decir, Tiempo. La alegoría se trasluce en esta fábula de Saturno. Este dios que de-

vora a sus hijos, dijo Cicerón, no es sino el Tiempo, el Tiempo insaciable de años, que consume todos los que pasan. Para contenerle, Júpiter le ha encadenado, le ha sometido al curso de los astros, que son como sus ligaduras.

Los de Cartago ofrecían sacrificios humanos a Saturno: sus víctimas eran niños recién nacidos. En estos sacrificios, las flautas y los tímpanos o tambores hacían tal ruido que no se oían los gritos del niño inmolado.

El templo que este dios tenía en Roma en la pendiente del Capitolio era el depósito del tesoro público, porque en tiempo de Saturno, es decir, en la Edad de Oro, no se cometían robos. Su estatua estaba sujeta con dos cadenas que no se le quitaban sino en la época de las Saturnales, en diciembre.

Saturno era representado comúnmente como un anciano encorvado por el peso de los años, con una guadaña en la mano, para indicar que preside el tiempo. En muchos monumentos se le encuentra representado con un velo, sin duda porque los tiempos son oscuros y están cubiertos de un manto impenetrable.

Saturno con el globo sobre la cabeza es considerado como el planeta de este nombre. Un grabado que se supone etrusco le representa alado, con la guadaña sobre un globo; así representamos nosotros siempre al Tiempo.

El día de Saturno es el que llamamos sábado (*Saturni dies*).

Rea o Cibeles

Saturno, aunque padre de tres de los principales dioses, Júpiter, Neptuno y Plutón, no es llamado padre de los dioses por los poetas, quizá por la crueldad que tuvo para con sus hijos. Rea, su esposa, en vez de ser llamada la Madre de los dioses era llamada la Abuela, y con este nombre era honrada.

Los diferentes nombres con que se designa a la madre de Júpiter expresaban sin duda algunos diferentes atributos. En realidad, bajo cualquier nombre, esta diosa es siempre la Tierra, madre



Rea o Cibeles

común de los seres. Rea o Cibeles era hija de Titea y del Cielo, hermana de los Titanes, mujer de Saturno.

Las fábulas de Rea y Cibeles se confunden. En los poetas se producen también confusiones entre estas dos diosas y la antigua Vesta, mujer de Urano. Es, sin embargo, el nombre de Cibeles el que parece haber sido más honrado en las ceremonias religiosas de los pueblos. He aquí lo que se cuenta de Cibeles.

Hija del Cielo y la Tierra y, por consiguiente, la misma Tierra, Cibeles, mujer de Saturno, era llamada la *Buena Diosa*, la *Madre de los dioses*, como madre de Júpiter, Juno, Neptuno, Plutón y de la mayor parte de los dioses de primer orden. A raíz de su nacimien-

to su madre la colocó en una selva en la que unos animades salvajes la cuidaron y nutrieron. Se enamoró perdidamente de Atis, joven y hermoso frigio, a quien ella confió el cuidado de su culto con la condición de que él no violaría su voto de castidad. Atis violó su juramento casándose con la ninfa Sangárida, y Cibeles se vengó en ella, haciéndola morir. Atis sufrió una violenta pena. En un acceso de frenesí el infortunado se mutiló a sí mismo; y estaba a punto de colgarse cuando ella, tardíamente compadecida, lo convirtió en pino.

El culto de Cibeles fue célebre en Frigia, de donde fue llevado a Creta. Fue introducido en Roma en la época de la segunda guerra púnica. El simulacro de la Buena diosa, una gran piedra largo tiempo conservada en Pesinunta, fue colocada en el templo de la Victoria sobre el monte Palatino. Fue una de las mayores garantías de la estabilidad del Imperio y en su honor se instituyó una fiesta con simulacros militares. Sus misterios, tan licenciosos como los de Baco, eran celebrados con un ruido confuso de oboes y címbalos; los sacrificadores daban alaridos.

Se le ofrecía en sacrificio una marrana, a causa de su fertilidad, un toro o una cabra, y los sacerdotes ejecutaban a estas víctimas, sentados, tocando la tierra con sus manos. Le estaban consagrados el boj y el pino; el boj, porque con su madera se hacían las flautas, y el pino en recuerdo del desgraciado Atis al que tan apasionadamente había ella amado; sus sacerdotes eran los Cabires, los Coribantes, los Curetes, los Dáctilos del monte Ida, los Galos, los Semivirs y los Telchines; en general eran eunucos, en recuerdo de Atis.

Se representaba a Cibeles con los rasgos y el aspecto de una mujer robusta. Llevaba una corona de encina, árbol que había alimentado a los primeros hombres. Las torres que rodean su cabeza indican las ciudades que estaban bajo su protección; y la llave que tiene en la mano indica los tesoros que la tierra guarda en invierno y da en verano. Va en un carro arrastrado por leones, que es el símbolo de la Tierra que se balancea y rueda en el espacio; los leones indican que nada hay tan bravío y feroz que no sea do-

mado por la ternura maternal, o que no hay suelo rebelde que no sea fecundado por la agricultura. Sus trajes son abigarrados, pero sobre todo verdes, como parece ser la tierra. El tambor que lleva junto a ella indica al globo del mundo. Los címbalos y los gestos violentos de sus sacerdotes indican la actividad de los trabajadores y el ruido de los instrumentos de la agricultura.

Algunos poetas han supuesto que Cibele era la hija de Meon y de Dídime, rey y reina de Frigia. Habiéndose apercebido su padre de que ella amaba a Atis, le hizo morir con sus mujeres y mandó arrojar sus cuerpos a un muladar. Cibele quedó inconsolable.

Ops

Ops, como Cibele y Rea o la Tierra, es representada como una matrona venerable que extiende su mano derecha ofreciendo su ayuda, y con la izquierda da pan a los pobres. Se la considera también diosa de la riqueza; su nombre significa «socorro» ayuda, asistencia.

No es de extrañar ver a la Tierra personificada bajo tan diferentes denominaciones. Fuente inagotable de riquezas, madre fecunda de bienes, se ofrecía a la adoración popular según el clima o la comarca, de ahí sus múltiples leyendas e innumerables atributos.